
PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA RECEPCIÓN DEL PREMIO DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES DE LA FUNDACIÓN ALEJANDRO ANGEL ESCOBAR

Alberto Gómez Gutiérrez, PhD*

Más de 20 años de estudios y reportes sobre el polimorfismo genético en poblaciones colombianas, nos han conducido a recibir uno de los máximos reconocimientos científicos en nuestro país: el Premio en Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Fundación Alejandro Ángel Escobar.

Nuestra postulación surgió de una sensación compartida: Por un lado, los artículos científicos que veníamos publicando en revistas indexadas, aseguraban nuestra vigencia en uno de los pisos de la torre de Babel que es la ciencia hoy (en la que cientos de miles de reportes de investigación resuenan en una cacofonía de lenguajes incomprensibles para la mayoría). Pero, por otro lado, estos mismos reportes, conocidos apenas por sectores muy restringidos, no aseguraban nuestra vinculación con nuestra propia comunidad. Y nosotros queríamos bajar al primer piso de la torre, salir a caminar, airearnos un poquito y palabrearnos con nuestros vecinos.

La difusión que representa este reconocimiento de la FAAE, que fue avalado por científicos que también viven en la torre (la mayoría unos pisos más arriba), pero que entendieron bien el testamento de don Alejandro Ángel Escobar y los esfuerzos de doña María Restrepo y sus epígonos, nos asegura, a partir de hoy, un cierto grado de familiaridad con la gente de la cuadra.

Este premio representa entonces un doble reconocimiento, a la vez científico y social, que es fundamental para nuestra propia continuidad. Mientras la ciencia no esté anclada en la comunidad, la torre de Babel seguirá inclinándose como la torre de Pisa –así la puede ver hoy cualquiera desde afuera–, y luego será como esos árboles caídos en el bosque que, poco a poco, pierden su propia identidad.

Ahora bien, tanto como la torre de la ciencia puede llegar a deshacer su propia identidad, hemos constatado que la gente alrededor viene perdiendo

¹ Profesor titular Instituto de Genética Humana Facultad de Medicina. Pontificia Universidad Javeriana. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.

ya la suya. Frases nuestras como que “*todos somos afrodescendientes*”, o que “*cada una de las comunidades es producto de mestizajes que se pierden en el tiempo*”, son recibidas con sorpresa: con tono de amabilísimo disgusto. La identidad humana parecería ser de corto plazo, muy pandita: como si sólo fuéramos descendientes de nuestros padres y abuelos, un par de apellidos, y punto final.

Esta identidad que se construye apenas con dos o tres generaciones, viene generando aislamientos que usualmente terminan, más que en atípicas historias de amor, en confrontaciones. El concepto de “razas” basado en una muy simplista división cromática, y reforzado sobre unos pocos factores fenotípicos menores que nos enseñaron en la primera escolaridad: “*de ojos rasgados, pómulos salientes y pelo liso*”, o bien, “*de nariz prominente, labios gruesos y pelo ensortijado*”, ha generado en algunos países como el nuestro, constituciones políticas segregacionistas, con leyes para lo que se ha llamado de manera eufemista “*las minorías*”, manteniendo aisladas a centenares de comunidades en el revés de la nación, y repartiendo de manera desigual los recursos que pertenecen por igual a todos, y que todos debemos ocuparnos en cuidar.

Al estudiar estas inmensas minorías en su núcleo –que es el ADN–, nos hemos dado cuenta de algo que católicos y koguís, por solo citar a dos comunidades del país, vienen diciendo desde el fondo de los tiempos: todos somos hermanos. Y aunque hay hermanos que son mayores y otros que son menores –en una jerarquía que se basa más

en la responsabilidad que en los privilegios–, se ve que la identidad común de toda la humanidad es clara, aún para los que no son genetistas.

Nuestra propuesta científica sobre las rutas y los parentescos de los pobladores de esta esquina norte suramericana, está descrita en detalle en los artículos premiados. Nuestra propuesta social es más breve y más explícita: no más razas, no más polaridades; vivamos nuestra propia identidad individual en un espectro diverso, continuo y cónico, en el que los extremos se puedan encontrar en su ancestro más profundo que, más allá del naciente brotecito evolutivo que es el *Homo sapiens*, está representado por un organismo unicelular.

Para terminar estas palabras de agradecimiento en nombre de los tres, quisiera mencionar a quienes publicaron con nosotros los 10 artículos sobre linajes genéticos precolombinos y contemporáneos que fueron sometidos a la convocatoria de este año. En primer lugar, al profesor José Vicente Rodríguez del Laboratorio de Antropología Física de la Universidad Nacional, y, en segundo lugar, a los estudiantes que cursan actualmente o terminaron ya su maestría –algunos de ellos en curso de doctorado–, en torno a estos hallazgos. Ellos son: Alejandro Silva, Rosa Elena Romero, Sandra Ávila, Cristina Sánchez, Korina María Rojas, Patricia Jara, Leidy Franco, Claudia Martín, Daniel Uricoechea, Marcela Díaz-Matallana y Andrea Casas-Vargas.

A todos ellos, mil gracias.